

FÉLIX MORALES PETTORINO, *El español de Chile* (estudios fonéticos, gramaticales y léxicos), Valparaíso: Editorial Puntángelos, 2007, 330 pp., ISBN 978-956-296-065-6.

El texto se inicia con una entrevista al autor (de aquí en adelante citado como Morales [2007]) en la que, junto con referir aspectos autobiográficos, hay interesantes observaciones sobre problemas lingüísticos. Así, por ejemplo, Morales (2007:16) reconoce que aquella variedad de español común a todos los hablantes e independiente de factores diatópicos, el español estándar o general, no es un hecho lingüístico que se haya podido comprobar estadísticamente, no obstante que la literatura especializada acostumbra a ofrecerlo como algo más o menos dado. La parte final de la entrevista está dedicada a un tema muy sensible al *Sprachgefühl* del chileno, esto es, la conciencia nacional de que hablamos mal. En la opinión de Morales (2007: 29-30), la articulación descuidada que caracteriza, de facto, al español hablado en Chile está en directa relación con la base del dialecto castellano traído al territorio chileno por los conquistadores.

Al revisarse el índice de los capítulos, se percibe que la mayor parte de los temas tratados está dedicada a la lexicología y a la morfología. A pesar de no incidir directamente en el mérito el trabajo, el lector se pregunta por qué Morales (2007) no organizó los temas en una progresión más homogénea. Así, por ejemplo, el capítulo I está dedicado a la caracterización de la modalidad chilena del español, mientras que el capítulo II ofrece un panorama sobre variantes fonéticas y morfológicas por agregación o reducción del significante, seguido de otro sobre neutralización. A continuación, los capítulos versan sobre temas de lexicología, para retomar, en el capítulo XIV, problemas morfológicos. La exposición rica y exhaustiva de cada uno de los tópicos abordados habría quedado mejor trabada si los temas hubieran sido dispuestos por su afinidad.

El capítulo I, que posee el provocante título de «Nuestro dialecto», se abre con una serie de consideraciones plenamente pertinentes en relación a la posible aplicación del concepto de «dialecto» para las realizaciones del español en

Latinoamérica y, en especial, en Chile. Morales (2007) asume los papeles de abogado defensor, fiscal y juez en este problema, recordando los criterios impresionistas (pero parcialmente acertados) que llevarían a pensar en la existencia de un dialecto chileno, alertando al mismo tiempo, sin embargo, sobre el «protocolo de certificación» que cada modalidad lingüística candidata a la condición de dialecto debe rigurosamente cumplir. El autor ofrece un total de siete criterios que permiten distinguir un dialecto. Morales (2007) reconoce que el español hablado en Chile no consigue satisfacer todas esas condiciones, y concluye que el habla chilena formaría parte de un área constituida en el cono sur del continente, de características arcaizantes, próxima al habla de la marinería andaluza y «no modernizada o refinada por las exigencias idiomáticas de las cortes virreinales de Méjico o del Perú» (p. 42).

Los capítulos dedicados a problemas fonéticos y morfológicos están pautados por la aplicación exhaustiva y consecuente de los principios de la lingüística estructural. En función de este hecho, cada problema tratado ofrece un panorama rigurosamente taxonómico. El capítulo II («Variantes fonéticas y morfológicas por agregación y reducción del significante»), por ejemplo, presenta una descripción detallada de la adición y elisión de determinados fonemas y morfemas no sólo en relación a su posición dentro de la lexía, sino que se establece también su correlación con otras variables (distinción entre contribuciones léxicas vernáculos o exógenas a la lengua, mecanismos de cambio lingüístico progresivos o regresivos, etc.). Los datos estadísticos recogidos permiten aseverar que existe una proporción casi idéntica de 5: 4 entre los fenómenos de reducción y agregación. En opinión de Morales (2007: 59), estas cifras le restan fuerza a la importancia que habitualmente se le confiere a la «ley del menor esfuerzo». En su opinión, si tal ley actuara tan claramente sobre las lenguas naturales, la proporcionalidad de fenómenos de reducción debería ser mucho más expresiva. En el capítulo dedicado a la neutralización consonántica (III), Morales ofrece un panorama de la neutralización consonántica configurado a partir de la intersección de variables como la posición de margen silábico y una distinción



diafásico-diastrática (culto v/s vulgar). Los capítulos x («El voseo en Chile»), xi («Paralelo entre el voseo chileno y el rioplatense»), xiv («La conjugación en Chile») y xv («Los verbos en *-ear* y su familia chilena») están dedicados integralmente a problemas morfológicos. Los dos primeros abordan las formas de tratamiento de segunda persona de singular que caracterizan al español hablado en el país. Morales (2007: 164) distingue un total de cuatro combinaciones de *vos / tú* con verbos en 2.^a p. sing. o 2.^a p. pl., concluyendo que el voseo en Chile posee un carácter «imperfecto», dado que alterna con las formas propias del tuteo. En lo que se refiere a la comparación con el voseo rioplatense, este capítulo presenta un análisis comparativo muy detallado de la conjugación verbal en lo tocante a las formas pronominales investigadas (pp. 181-188), concluyéndose que hay una proporción de 3: 1 a favor del español rioplatense en relación al «voseo pronominal» y de 3: 2 a favor del español de Chile en relación al «voseo verbal». Los capítulos xiv y xv, por otra parte, presentan una síntesis de trabajos realizados por el autor (y dos colaboradores) a fines de la década de 1960. Según Morales, si bien es cierto que los postnominales en *-ear* constituyen un fenómeno antiguo en español, el español de Chile refleja una gran predisposición para usar este esquema de derivación. En lo que se refiere a la conjugación, el capítulo correspondiente (xv) ofrece una lista de nueve fenómenos que caracterizan la conjugación, desde las formas de tratamiento (*tú / vos / usted*) hasta la alteración de significado que experimentan algunas formas, tales como el gerundio.

Al ámbito lexicológico pertenecen los capítulos iv («Nuestras siglas»), v («Los anglicismos»), vi («La sinonimia de los gramemas»), vii («Prefijos usados en Chile»), viii («Los gentilicios chilenos»), ix («Nuestros hipocorísticos») y xiii («Las locuciones comparativas»). Cada una de estas contribuciones refleja una ponderación justa y equilibrada que arroja luces sobre problemas de la lingüística. Así, por ejemplo, el capítulo dedicado a los anglicismos (v) ofrece una presentación objetiva de un fenómeno tan sensible tanto para el especialista como para el lego. Morales (2007: 86-88), en una notable sintonía

con la doctrina académica, concluye que las contribuciones del inglés a nuestra lengua pueden obtener una carta de legitimación por el principio de la pertinencia, y se las puede igualmente rechazar por el principio de lo que es superfluo. Los capítulos dedicados a la sinonimia de los gramemas (vi) y los prefijos usados en Chile (vii) presentan un panorama exhaustivo de los morfemas tanto en el plano del significante como en el del significado. Un capítulo que merece especial atención es el de los hipocorísticos, no sólo porque este tema es, en general, marginal en la lingüística, sino porque Morales no sólo se limita a un análisis del fenómeno en el plano del significante, lo hace también en el plano del significado. El autor establece una correlación entre el uso de estas formas y las relaciones que se establecen entre los hablantes. En la última parte de la exposición (pp. 150-158), se ofrece una comparación entre el hipocorístico, el diminutivo y el apodo. Otro capítulo extremadamente interesante es el xiii, destinado a las locuciones comparativas. El autor aplica una metodología rigurosa para aislar y clasificar este tipo de unidades sintagmáticas, identificando la estructura y la función de estos sintagmas. Morales (p. 218) consigue presentar un verdadero algoritmo de cálculo que permite entender los mecanismos semántico-pragmáticos que generan y condicionan estas construcciones. En la parte final del capítulo, el lector encuentra una síntesis sobre la exposición, lo que es de saludar, debido a lo denso y abundante de la exposición y la ejemplificación.

El último tema del libro (xvi) está dedicado al *Diccionario ejemplificado de chilenismos* (DECh). El capítulo presenta las coordenadas que guiaron la concepción de la obra, así como la metodología empleada. Morales (pp. 276-277) define el DECh como un diccionario no integral. Esto significa que el diccionario recoge todos los usos léxicos que no sean «panespañoles», sean estos exclusivamente chilenos o estén compartidos con algunas zonas del diastema del español. El carácter diferencial opera sobre el significante, el significado o sobre todo el signo en su totalidad. Para la constitución del corpus, Morales recopiló textos literarios, periodísticos y orales. Ese caudal léxico fue contrastado con

las ediciones 18.^a y 19.^a del DRAE. Todas las unidades que no constaran en el DRAE o que presentaran una divergencia en relación al corpus constituyeron la definición macroestructural del DECh. Morales (p. 305) está conciente de que ese procedimiento no está completamente libre de controversia, ya que las imputaciones del DRAE no se corresponden siempre con la realidad idiomática. Por eso, el DECh posee ahora una nueva versión (NDECh) que recoge

las *addenda et corrigenda* que se derivan de la consulta de las ediciones 20.^a y 21.^a de DRAE.

En suma, el libro constituye una lectura obligatoria para el hispanista, no sólo por la riqueza de datos que aporta en relación a una variedad del español. También es un excelente manual de la segunda metalengua, la metodología de la lingüística.

Félix BUGUEÑO MIRANDA

